



# MALESTAR POLITICO Y AVANCE ELECTORAL DE LA DERECHA

*Ludolfo PARAMIO*

**La política democrática de los años noventa aparece marcada por avances espectaculares de la derecha y del centro-derecha en algunos países, y resulta fácil vincular estos avances con el triunfo paralelo de una ortodoxia económica que, a falta de mejor nombre, llamamos de forma habitual neoliberalismo. Es posible, sin embargo, que ese paralelismo sea engañoso si dejamos de lado tanto los factores específicamente nacionales como el marco global en el que desde la década anterior se desenvuelve la economía mundial. Hay un factor ideológico que favorece a los partidos de derecha, pero el fenómeno es más complejo y más variado que un puro ascenso de las ideas neoliberales.**

## **El ascenso de la derecha y la irritación del electorado**

**P**ara comprender lo que realmente está pasando puede ser bueno comenzar por analizar los cambios en la econo-

mía mundial, para ver después cómo estos cambios afectan a la acción de los gobiernos. Y en este sentido la cuestión fundamental es que la internacionalización de los mercados y la apertura financiera y comercial de las economías nacionales han limitado de

---

***Los límites a la acción  
de los gobiernos para asegurar  
crecimiento y empleo se han traducido  
en desconfianza hacia la política.***

---

forma drástica la posibilidad de los gobiernos de impulsar políticas de crecimiento y expansión del empleo, dejándoles sin soluciones a corto plazo ante las dos crisis que en los últimos años han provocado un crecimiento del desempleo sin precedentes desde hacía medio siglo.

Las causas de estos cambios son complejas: en América Latina probablemente fue decisiva la crisis de la deuda, mientras en Europa se puede hablar de una opción deliberada de integración económica para construir la Unión Europea. Pero los cambios están ahí y parecen difícilmente reversibles: las principales economías tienen hoy un alto grado de apertura comercial, y sobre todo financiera. La primera consecuencia es que los movimientos de capitales castigan de forma automática a los países que se permiten grandes desequilibrios macroeconómicos. La condición para un crecimiento estable (y por tanto para la creación de empleo) es ahora sanear las finanzas públicas y equilibrar la balanza de pagos, creando condiciones favorables para el ahorro, la inversión y la exportación.

Se puede intentar eludir esta exigencia, o evitar sus repercusiones sociales más duras, tratando de atraer a la inversión extranjera mediante altos tipos de interés. Teóricamente así se puede financiar y recortar gradualmente el déficit, y mantener a la vez la inversión y el crecimiento.

En la pasada década las políticas monetaristas se aplicaron ante todo, según sus defensores, para controlar la inflación, pero

con la clara consecuencia de atraer el ahorro de otros países. El resultado de estas experiencias es más que discutible: la rentabilidad de la economía financiera, muy superior a la de la economía real, desincentiva la inversión productiva, y la sobrevaluación de la moneda perjudica a las exportaciones, acentuando los desequilibrios comerciales.

Quizá lo más importante, tras la experiencia de México en diciembre de 1994, sea la evidencia de que esta forma de crecimiento conduce a una sobrevaluación de la moneda nacional cuya corrección puede provocar un pánico y una imparable huída de capitales. Para devaluar sin una catástrofe es preciso tener una economía en crecimiento y con signos inequívocos de buena salud: en caso contrario los riesgos son muy altos. La inquietud creada por el *efecto tequila*, en todo caso, ha frenado los movimientos de capital hacia las economías emergentes, y ha hecho en cierta medida irrepetible el modelo de años pasados.

Esto significa que los gobiernos nacionales no pueden eludir una drástica limitación fiscal: no pueden reactivar el consumo recurriendo al déficit, recortando la presión fiscal o aumentando el gasto, sin pagar un alto precio a corto plazo: las herramientas anticíclicas de la era keynesiana ya no pueden utilizarse, o no de la misma forma que en el pasado. Este es el escenario en el que se ha impuesto la nueva ortodoxia neoliberal. No sirve de nada discutir si el nuevo paradigma tiene mayor o menor base teórica o empírica, pues su fuerza proviene de que permite prever cómo se comportarán los mercados. Por la sencilla razón de que los inversores institucionales (o los consultores) toman sus decisiones a partir de esta ortodoxia, y ningún poder mundial puede ya sustraerse a las consecuencias de estas decisiones y de los movimientos financieros que ponen en marcha.

Pero los límites de la acción de los gobiernos para asegurar crecimiento y empleo se han traducido en todas partes en *una crecien-*

*te desconfianza hacia la política.* De un gobierno no se valora sólo su legitimidad, sino también su eficacia frente a los problemas sociales: que ofrezca resultados. Cuando estos resultados no aparecen, o son fácilmente reversibles, los ciudadanos castigan a los gobiernos, y cuando llegan a pensar que *ningún* gobierno puede garantizar los resultados deseados es el propio sistema político el que pierde radicalmente credibilidad.

Para los partidos de izquierda el problema ha resultado particularmente grave, porque para los ciudadanos un partido de izquierda es ante todo el que garantiza crecimiento y empleo. No se puede explicar fácilmente al ciudadano de a pie que las políticas tradicionales no producen ya, a causa de los cambios en la economía mundial, el efecto deseado en términos de empleo. De hecho, sólo los demagogos, de derechas o supuestamente de izquierdas, recurren con éxito a los cambios internacionales, pero para reclamar medidas reaccionarias contra la inmigración, contra el comercio con los países de bajos salarios o contra los países competidores del propio entorno.

Esto ha hecho que la identidad de los partidos de izquierda esté pasando una difícil época de recomposición. Los límites que los mercados imponen a la acción de los gobiernos se pueden ver como la definición de la única política posible: no habría ya diferencias entre una política económica de izquierdas y una política económica de derechas. Pero esas diferencias existen: el déficit se sociales más desprotegidos y de los servicios

---

***Cuando los gobiernos  
no proporcionan certidumbre,  
su autoridad es puesta en cuestión  
y sus defectos aparecen  
en primer plano.***

---

puede contener a expensas de los sectores públicos, eliminando o recortando las prestaciones sociales que corrigen la desigualdad social, y eso es precisamente lo que propone la derecha. Y un gobierno de izquierda puede intentar que el peso de la corrección del déficit se distribuya de una forma más equitativa, con austeridad de quienes tienen empleo y mayor contribución fiscal de las rentas más altas, manteniendo los mecanismos sociales de cohesión y solidaridad.

Un problema adicional es que en los últimos quince años muchos países han vivido *dos* crisis económicas, y que la segunda se ha producido cuando los ciudadanos ya creían haber entrado en una nueva época de crecimiento estable. La desafección hacia la política que parece ser hoy la tónica dominante en los países democráticos es consecuencia de esta dura quiebra de las expectativas sociales. Tras haber pasado una época de austeridad, pérdida del empleo o caída del poder adquisitivo, en muchos casos con una disminución general del nivel de vida, se podía pensar que lo peor había pasado, y que más o menos rápidamente se recuperaría lo perdido. Y no ha sido así: en los primeros años noventa el paro se ha disparado, provocando una grave pérdida de confianza en el futuro, que la posterior recuperación no ha compensado.

Los ciudadanos viven la situación como incertidumbre: aunque tengan o consigan empleo, aunque su nivel de vida haya mejorado o esté mejorando, creen que la situación económica es mala y que sus hijos vivirán peor que ellos, o al menos eso declaran en las encuestas. Ese pesimismo es reflejo de la incertidumbre, de la inseguridad sobre el futuro que han provocado los vaivenes de estos años, y cabe imaginar que deberá pasar bastante tiempo antes de que los ciudadanos aprendan a convivir con la incertidumbre o se sientan seguros sobre la estabilidad de su situación económica y social. Los más jóvenes parecen capaces de vivir en un mundo sin reglas claras y de adaptarse a él (para bien o

para mal, que esa es otra cuestión), pero parte de esa adaptación es su desconfianza respecto a la política.

Cuando los gobiernos no proporcionan certidumbre su autoridad es puesta en cuestión, y sus defectos aparecen en primer plano. No se trata sólo de que haya mayor información sobre las deficiencias de la vida política, sino también de que hay una mayor demanda de esa información, y casi cierta complacencia en ella. Y desde luego la vida política está llena de puntos vulnerables. Una democracia estable y con instituciones eficaces no está libre de fenómenos de corrupción, nunca lo ha estado y nunca lo estará. Pero además la elevación de la conciencia crítica de los ciudadanos ha sorprendido a buena parte de los sistemas políticos, incluso los establemente democráticos, con niveles altos de informalidad tolerada, especialmente en lo que se refiere a financiación de los partidos. Informalidad que en casos extremos, de los que tenemos ejemplos notorios en países con medio siglo de tradición democrática, se convierte en corrupción institucional.

Por otra parte, la hipertrofia de la economía financiera que provocaron las políticas monetaristas condujo al fenómeno de lo que Susan Strange ha llamado *capitalismo de casino*. En este marco se produjeron los espectaculares fenómenos de especulación y tiburoneo empresarial que han caracterizado a toda una década, y cuya corrección no está siendo tan sencilla como nos podría hacer pensar la espectacular conversión personal de Richard Gere en *Pretty woman*. Algunas

---

***Los ciudadanos creen en la necesidad de las políticas sociales y de desempleo y no confían ciegamente en el mercado.***

---

de sus secuelas son puramente económicas y, aunque sean graves amenazas para el crecimiento de la economía mundial (como la actual crisis del sistema financiero en el Japón), sólo son percibidas por los ciudadanos cuando se les dice que el Estado debe acudir con dinero público a cubrir los desajustes provocados por la mala gestión privada.

Pero la economía de casino ha afectado también de una forma muy directa a la sensibilidad de los ciudadanos. Las personas comunes que sienten inseguridad sobre su futuro laboral y social, ven disminuir su nivel de vida o creen amenazado el porvenir de sus hijos, han contemplado cómo surgían de la noche a la mañana gigantescas fortunas, construidas a menudo sobre la ruina de empresas consideradas sólidas, o a partir de reestructuraciones que destruían empleos o suponían la desaparición de servicios necesarios. Aunque tales hechos respondieran a una racionalidad económica impecable, incluso aunque estuvieran destinados a mejorar a medio plazo la situación global de la economía, era inevitable que provocaran confusión y escándalo en los ciudadanos.

Esa confusión y ese escándalo se han transformado en irritación cuando se ha hecho evidente que en muchos casos las nuevas grandes fortunas no eran fruto de la suerte o del talento, sino que tras los milagros de la *ingeniería financiera* se enmascaraban conductas presuntamente delictivas, gigantescos fraudes y saqueos de empresas. Y los ciudadanos, con justicia o sin ella, focalizan su irritación en los gobiernos, achacándoles una complicidad activa o pasiva. La cosa se hace más grave cuando además se descubre que la tentación del enriquecimiento rápido ha afectado también a responsables políticos de izquierda.

Sin embargo, sólo desde el comprensible idealismo de una generación, muy joven a finales de los años setenta, se podía dejar de

temer que la euforia financiera afectara también a algunos de quienes se incorporaban a la política en nombre del interés general. En el caso español, la transición democrática y el cambio de 1982 supusieron una renovación gigantesca de la clase política, una renovación que abrió a muchos la posibilidad de alcanzar una posición económica y social a la que difícilmente podían esperar llegar de otra forma. Era inevitable que hubiera quienes sucumbieran al deseo de consolidar esa posición aprovechando las oportunidades que brinda el ejercicio del poder: era una tentación demasiado fuerte en el contexto de la economía de casino y del dinero fácil. Da lo mismo que fueran muy pocos: uno sólo habría bastado.

Cuando quienes hablan en nombre del interés general hacen mal uso de los recursos públicos, cuando se revelan más preocupados del porvenir personal que del futuro colectivo, infrinjan o no la ley, el malestar de los ciudadanos se transforma en una implacable agresividad contra la política, sin distinciones de ideología o actuación. Los escándalos financieros y el enriquecimiento de unos pocos se generalizan a todos, y una capa de descrédito cubre la esfera de lo público y de la representación política.

### **Políticos sin partido, partidos sin pasado**

Aunque todas las generalizaciones sean peligrosas, se puede decir que los fenómenos antes descritos son una realidad casi general, y que su extensión remite por analogía a la crisis de los años treinta, cuando, tras la euforia de los *locos años veinte*, toda una generación vio cómo se venían abajo las esperanzas de una nueva época de prosperidad que cerrara las heridas abiertas por la Gran Guerra. Como entonces, la ausencia de soluciones inmediatas para los problemas sociales provoca pérdida de confianza en la política, y sobre todo en la política democrática, y conduce a muchos ciudadanos a poner sus espe-

---

### ***La derecha española ha avanzado gracias a la pérdida de credibilidad de los socialistas, y no por méritos propios.***

---

ranzas en *dirigentes apolíticos*, aunque la figura sea necesariamente paradójica. Cuando los médicos fallan, se recurre al curandero.

Este es un rasgo evidente del actual desconcierto político: Berlusconi o Fujimori, Ross Perot o Sánchez de Lozada se convierten en candidatos creíbles porque no provienen de la política. Y la tendencia parece no cesar: Hugo Chávez en Venezuela y el general Rodrigo en Ecuador ya están esperando su oportunidad. Se trata en todo caso de un fenómeno general, y no sólo específico de América Latina o de las democracias menos consolidadas, como demuestran los ejemplos de Italia o de Estados Unidos con Ross Perot. En países con sistemas de partidos arraigados cabe además la posibilidad de que el nuevo candidato base su éxito en proceder de la periferia de uno de los partidos tradicionales, en ser un marginal respecto al grupo dirigente: ese era quizá el caso de Menem dentro del justicialismo.

Lo que une a Fujimori y a Menem, pese a su diferente pasado político, es la función que asumen: guías para la travesía del desierto, para atravesar una época de riesgos desconocidos. Desencantados los ciudadanos de las propuestas políticas tradicionales, ponen su fe en dirigentes proféticos, que les exigen una fe ciega a cambio de devolverles la esperanza. El riesgo autoritario de la figura es evidente, y por ello es previsible que los políticos tradicionales se conviertan en chivos expiatorios de la crisis social y económica, y que a veces los nuevos dirigentes coqueteen con la idea de nuevas formas de democracia: presiden-

cialistas, sin el peso de los partidos políticos y con un apoyo más o menos explícito en las fuerzas armadas.

Como señaló en su momento Ralf Dahrendorf, en algunos países con partidos políticos arraigados los electores se han comportado además como si poseyeran un perverso sentido del humor: votando a la oposición en todo tipo de elecciones, locales o parciales, para revalidar de nuevo a los gobiernos cuando llegaba la hora de las elecciones generales. Ese fue el caso de las victorias de Major, Kohl y González en los primeros años noventa. Para explicar la aparente paradoja conviene tener en cuenta que en estos casos el país respectivo atravesaba una grave crisis, pero sin el deterioro social que acarrea la hiperinflación, y que las respectivas oposiciones representaban para una gran parte del electorado una incertidumbre mayor que los gobiernos constituidos. Se puede pensar entonces que lo que los electores manifiestan es su deseo de cambiar de gobernantes cuando la oposición haya ganado credibilidad y lo peor de la crisis haya pasado.

Ahora bien, esa hipótesis parece apuntar que la tendencia general a la que asistimos no marca necesariamente un triunfo universal de las ideas conservadoras. Ciertamente estas ideas tienen a su favor grandes bazas. La primera, ya señalada, es el límite que encuentran en las nuevas reglas de juego de la economía las políticas tradicionalmente identificadas como de izquierda: las políticas keynesianas y de intervención estatal. Si el Estado ya no puede cumplir la función de regular la economía nacional de forma eficaz, la retórica antiestatista gana credibilidad. Si además, como sucedió en muchos países durante la década pasada, las deudas acorralan al Estado, la idea de que es preciso recortar los servicios públicos tiene la ventaja que siempre supone hacer de la necesidad virtud.

La segunda baza es el descrédito que para las ideas socialistas ha traído el colapso del

---

***Si la derecha gobierna en el periodo de recuperación económica, distorsionará el modelo de sociedad y pondrá en crisis el bienestar alcanzado.***

---

bloque soviético. Lo que se ha derrumbado se supone que es el *socialismo*, y no resulta tan fácil explicar que el “socialismo real”, en la medida en que era socialismo, no era real, y en la medida en que era real no era socialismo. Las modas en el mundo de las ideas no favorecen a la izquierda, y darle la vuelta a la situación se hace especialmente complicado porque sigue vivo un discurso para el que la única izquierda posible es la que se conoció o soñó hace un cuarto de siglo. Con esa hipoteca es difícil para la izquierda aprender a torear en una plaza nueva, pese a que los toros se parezcan mucho a los de antaño.

Pero, aunque las ideas de izquierda no tengan el viento a favor, resulta muy exagerado creer que los ciudadanos se han vuelto de derechas en todo el mundo. Si votan programas neoliberales es porque les ofrecen la esperanza de no regresar a situaciones insostenibles de hiperinflación y desmoronamiento social (por no mencionar el terrorismo en Perú), o como castigo a gobiernos constituidos que no han conseguido ofrecerles certidumbre en el futuro, y que se han revelado patéticamente vulnerables a los escándalos y la corrupción de los locos años ochenta.

Si preguntamos a los ciudadanos, sin embargo, si creen que el Estado debe garantizar la sanidad o la educación, como servicios públicos universales, contestan afirmativamente. Creen también en la necesidad de políticas sociales y de medidas contra el desempleo, y no confían en que el mercado pueda resolver por sí mismo muchos problemas de la vida social. Para los neoliberales se trata de un

problema de insuficiente familiaridad con el pensamiento de Adam Smith, pero puede tratarse de puro sentido común: aunque el Estado no pueda alcanzar estas metas como antes lo hiciera en economías relativamente cerradas, la actuación de un Estado democrático sigue siendo decisiva para resolver problemas compartidos por la mayor parte de los ciudadanos.

Como sabe cualquier lector de Adam Smith, el funcionamiento correcto del mercado exige condiciones que sólo las instituciones públicas pueden garantizar. El ejemplo extremo son los tribunales que aseguran el cumplimiento de los contratos privados, pero no es difícil entender que la acción pública también es decisiva para crear las condiciones de educación y sanidad imprescindibles para el desarrollo y la competitividad de la economía, como sostiene el Banco Mundial al menos desde 1991. Pero es que además la mayor parte de los ciudadanos sabe que el mercado no les garantiza la educación de sus hijos, el acceso a la sanidad, la protección ante la enfermedad o la pérdida del empleo, o las pensiones de jubilación.

También la derecha sabe que los ciudadanos lo saben. Por ello sólo critica a las políticas sociales y a los servicios públicos poniendo en cuestión su viabilidad y su eficacia. Los partidos conservadores ponen en marcha medidas, que al hacer insostenibles o marginales las instituciones del Estado de bienestar, pueden crear las condiciones para su recorte y desmantelamiento. Ningún partido de derechas pretendería, al menos en su programa ante unas elecciones, recortar las

---

***El desgaste actual del  
partido socialista español  
es el precio de una larga  
permanencia en el gobierno.***

---

pensiones o privatizar la sanidad. Lo que haría la derecha, en cambio, sería fomentar la conflictividad en la sanidad pública para desacreditarla ante los ciudadanos, o rebajar los impuestos a las rentas más altas para que fuera la lógica del déficit la que condujera al recorte de las pensiones públicas.

Es muy posible que la izquierda esté teniendo problemas en todo el mundo para adaptar el modelo socialdemócrata a las nuevas reglas de juego de la economía mundial, y que le cueste aprender a pensar en términos más liberales, con un papel más importante del mercado y de la iniciativa individual. Como es posible que los electores jóvenes se sientan incómodos ante unos partidos de izquierda para los que el feminismo o el ecologismo son, en el mejor de los casos, evidentes postizos sobre el viejo esqueleto de un movimiento nacido en la época de la industrialización. Esos y muchos otros problemas son reales y muy importantes, pero no es evidente que la derecha tenga soluciones para ellos. De hecho, la derecha sólo parece tener soluciones cuando no gobierna, y su fuerza principal para gobernar procede del mal recuerdo que han dejado otros gobiernos, no de sus propios méritos.

Quizá por ello, la derecha necesita presentarse ante los electores como una opción nueva: como *una derecha sin pasado*. Los partidos conservadores tradicionales tienen tantos o más problemas que los partidos de izquierda, desde la Democracia Cristiana italiana, quizá un caso extremo, hasta los conservadores británicos. Los republicanos de Gingrich se han beneficiado en Estados Unidos, en 1994, de ser la oposición a un presidente demócrata y muy criticado, y proponen un *contrato con América* que sería la revolución conservadora que no hizo Reagan (la revolución pendiente, que se diría en España). En cuanto a la victoria de Chirac en las elecciones presidenciales francesas, tiene indudable importancia como símbolo, pero tampoco ha sido un paseo triunfal: por el contrario, puede

---

***Muchos jóvenes no apoyan al partido socialista porque para ellos, tras doce años de gobierno, representa el poder establecido.***

---

ser el comienzo de una reconstrucción del socialismo en Francia. En suma, los tiempos están cambiando, pero no es nada evidente que el futuro pertenezca a la derecha.

### **El caso español**

Plantear estas cuestiones a la hora de hablar de la política española puede parecer rebuscado, o una forma de eludir los problemas electorales del PSOE. Sin embargo, enmarcar lo que nos está pasando en el contexto del tiempo del mundo resulta conveniente para mantener el norte. Y algunas cosas son evidentes: en primer lugar, desde la muerte de Franco la derecha española se ha *refundado* dos veces, en un notable esfuerzo por deslindarse del pasado y atraerse al electorado de la desaparecida UCD. Se pretende una derecha nueva, o, en su propia expresión, un partido de centro-derecha, lo que es una indudable novedad en una organización que en su momento contribuyó con todas sus fuerzas a dinamitar a la UCD, en la que veía un obstáculo para la formación de la gran derecha española (la *mayoría natural* de Manuel Fraga).

En segundo lugar, el discurso ideológico de años pasados ha quedado relegado a un discreto segundo plano. El Partido Popular ha descubierto que la buena nueva del neoliberalismo tiene poco público en España (pese a algunas excelentes ediciones de *La riqueza de las naciones*), y que la privatización y el desmantelamiento de los servicios públicos no atraen al electorado. De hecho, le ha sido

de mucha mayor utilidad en este terreno la deslegitimación de la política socialista como *neoliberal*, con la impagable complicidad del núcleo duro del antiguo partido comunista, camuflado a ojos del electorado más joven como Izquierda Unida.

Dicho de otra forma, la derecha española ha avanzado gracias a la pérdida de credibilidad de los socialistas y no por méritos propios. Ha diluido sus señas de identidad ideológicas bajo un mensaje de *cambio*, que en las elecciones locales y autonómicas de mayo significaba tan sólo cambios de persona y de partido. De su programa sólo se explicitaba que ofrecía *soluciones*, sin concretar reforma alguna o dejando entrever, cuando se discutían cuestiones concretas, que tras la esperanza compartida de alcanzar el gobierno de la nación se agrupan diversos planteamientos políticos claramente contradictorios. El Partido Popular parece entender que ya pasó el tiempo de Margaret Thatcher: Aznar se conforma con ser el equivalente ibérico de John Major.

Analizar las razones del desgaste socialista tampoco está de más: se pueden manejar varias hipótesis no necesariamente contradictorias. La primera sería que los socialistas españoles están pagando el precio de una larga permanencia en el gobierno; la segunda, que han perdido apoyo a causa de sus políticas concretas; y la tercera, que les han afectado las acusaciones de financiación ilegal y los escándalos de enriquecimiento ilícito entre altos cargos y personas próximas a ellos. Mi propia interpretación es que los dos primeros factores han supuesto sin duda una erosión electoral, pero que ésta sólo se ha traducido en superioridad de la derecha cuando la propia imagen del partido se ha visto afectada por los escándalos.

Desde esta perspectiva, la permanencia del PSOE durante más de doce años en el gobierno de la nación ha significado que muchos jóvenes no apoyen al partido socia-



lista por identificarle con el poder establecido: no han conocido otro. Pero sólo han comenzado a votar de forma significativa a la derecha cuando el Partido Popular ha logrado, utilizando los escándalos, que la imagen de los socialistas quede estigmatizada. De la misma forma, las políticas concretas pueden haber restado apoyo al gobierno, pero que esa pérdida de apoyo se transforme en voto favorable a la derecha (y no se quede en la abstención) depende, en el electorado que se autodefine en las encuestas como de izquierda, de la identificación de los socialistas con la corrupción.

Entre las políticas concretas se pueden mencionar tres ejemplos: la postura favorable a la permanencia en el referéndum sobre la OTAN, la política económica y la reforma laboral. En los tres casos se trata de políticas aceptadas como realistas, y si han erosionado el apoyo a los socialistas ha sido por su constante deslegitimación como posiciones de derecha o neoliberales por Izquierda Unida y, sobre todo, por los sindicatos UGT y Comisiones Obreras, aunque en ningún caso se presentaran alternativas creíbles (discutir este punto exigiría lógicamente una argumentación más extensa).

Ahora bien, se puede pensar, a la vista de lo dicho anteriormente, que de no haberse quebrado en 1992 el periodo de fuerte crecimiento económico iniciado en 1985, y de no haber saltado las acusaciones de financiación ilegal y de corrupción que dominan el clima político español en la primera mitad de los años noventa, la deslegitimación no se habría traducido en un cambio significativo del electorado hacia el Partido Popular. Es decir, sería la combinación de incertidumbre e irritación de los ciudadanos lo que conduciría al ascenso electoral de la derecha, que debería ser visto por tanto más como un deseo de cambio de gobernantes que como apuesta por una política distinta.

De hecho, eso es lo que comprendieron los estrategas de la derecha tras su inesperada derrota en las elecciones legislativas de 1993: hacer hincapié en el mensaje neoconservador y en un cambio de política provocaba incertidumbre y temor en el electorado (un ejemplo espectacular fue la contradicción, subrayada en un debate público entre Aznar y González, entre la propuesta conservadora de reducir los impuestos y el mantenimiento del sistema público de pensiones). Desde entonces, muy coherentemente, la derecha española ha dejado su posible programa en segundo plano y ha centrado su mensaje en desacreditar globalmente a los socialistas y exigir elecciones legislativas anticipadas como cuestión de salud pública.

La economía se está recuperando en España claramente desde 1994, pero no es evidente que eso favorezca al gobierno socialista. Por el contrario, una menor inseguridad económica puede hacer más aceptable el riesgo implícito en un cambio de gobierno. El factor clave sigue siendo la credibilidad de la derecha, y en este sentido es notable ver que en las recientes elecciones locales y autonómicas la ventaja del PP sobre el PSOE disminuyó de diez puntos a cuatro respecto a las elecciones al Parlamento europeo de junio de 1994: cuando está en juego poder real el electorado de izquierda se moviliza frente al ascenso de la derecha.

Un problema central para la izquierda española es que los daños que han causado los escándalos en la imagen del PSOE exigen

---

***El ascenso electoral de la derecha se debe más a un deseo de cambio de gobernantes que a una apuesta política distinta.***

---

tiempo para ser reparados. A los ciudadanos no les afecta que los hechos que se revelan sean cosa del pasado: cada escándalo opera en tiempo presente, como si se tratara de hechos que están ocurriendo ahora. Y una de las secuelas de los años de la especulación es la existencia y circulación de *dossiers* sobre hechos o conductas irregulares, cuya filtración a la prensa se adecua a los objetivos particulares de sus poseedores, según una lógica de chantaje ajena a cualquier interés público (el ejemplo más obvio es la difusión de las escuchas del CESID). Por tanto cabe temer que continúe la revelación de escándalos del pasado reciente, por más que se hayan tomado o se tomen las más exigentes medidas para evitar la repetición de hechos irregulares.

Un segundo problema es que el núcleo dirigente de Izquierda Unida está repitiendo al pie de la letra la estrategia del tercer periodo de la Internacional Comunista, igualando teóricamente a la derecha y al socialismo democrático como enemigos, y en la práctica colaborando de forma muy activa con la derecha a la deslegitimación del gobierno socialista. Tampoco esta cuestión puede resolverse por un acto de voluntad de los socialistas. Será preciso tiempo para que los electores y militantes de Izquierda Unida pasen a sus dirigentes la factura por una política que ha entregado a la derecha el gobierno de Asturias y mantiene en precario a los gobiernos de Andalucía y Extremadura.

Es evidente que el socialismo español atraviesa hoy su momento político más difícil y adverso desde el final de la dictadura del general Franco. Sin embargo, la búsqueda de soluciones milagrosas para esta situación podría conducir a una espiral de alejamiento de la sociedad real: así le sucedió a la izquierda en el Reino Unido y en Alemania cuando buscaron una estrategia radical en respuesta a su derrota electoral. En particular, conviene subrayar a la vista de tales experiencias que, si bien estar en la oposición tiene ciertas ventajas para la recomposición de la imagen de

---

***Los socialistas tenemos hoy más que nunca la obligación de defender la política que real y eficazmente hemos llevado a cabo durante estos años.***

---

un partido desgastado por un largo ejercicio del poder, lo que se prevé como purgatorio temporal puede llegar a ser un infierno casi interminable. La aparente ventaja lo es sobre todo desde el punto de vista de los propios militantes, que podrían imaginar el paso a la oposición como un descanso después de meses de humillación y sobresalto (mejor un final terrible que un terror sin fin).

Pero ni los ciudadanos de a pie ni lo realizado en estos años se merecen esto. En España, con el gobierno socialista, se ha creado en estos años una sociedad con significativos mecanismos de solidaridad: una sanidad y una educación gratuitas y universales, un sistema público de pensiones igualmente universal, un sistema fiscal moderno y redistributivo. Todo es mejorable, pero si la derecha llegara a gobernar en este periodo de recuperación económica, contando ya para los próximos cuatro años con el control de la mayor parte de las ciudades y Comunidades Autónomas, podría distorsionar irremisiblemente el modelo de sociedad y poner en crisis el bienestar y la solidaridad alcanzadas. No podemos caer en la ilusión de que la derecha sería tan responsable como para no poner en peligro las políticas sociales y los servicios públicos, reduciendo su financiación o haciendo crecer el endeudamiento al recortar los impuestos a las rentas más altas.

En doce años España se ha recuperado de un atraso secular, en el sentido estricto del término, y ha realizado las aspiraciones de libertad, de justicia social, de modernización social y cultural, con las que ha soñado lo mejor de

nuestra inteligencia durante décadas. Puede que hayan sido errores nuestros lo que ha permitido a la derecha convertirse en una opción electoral creíble, pero no tenemos derecho a permitir que nuestro desánimo les permita volver a concentrar en sus manos todo el poder político y económico. No se trata de lo que la derecha española ha hecho en el pasado, sino de lo que podría hacer *ahora*: malbaratar lo construido gracias al esfuerzo de toda una generación de mujeres y hombres progresistas.

Por ello, y porque la derecha ha avanzado no gracias a sus ideas o sus propuestas, sino por el precio que los socialistas estamos pagando colectivamente a causa del egoísmo

o los errores de unos pocos, tenemos mayor obligación que nunca de defender la política que real y eficazmente hemos llevado a cabo en estos años. Una política de izquierda, suficientemente realista y constante como para haber evitado bandazos y para haber dado frutos que hace veinte años eran inimaginables. Los ciudadanos tienen derecho a olvidarlo, cegados por una irritación comprensible y a veces muy justificada: *nosotros no*. Tenemos una grave responsabilidad ante quienes nos precedieron y ante quienes vendrán: para que se recuerden con indulgencia nuestros errores deberemos ser capaces ahora, frente a cualquier tentación de desánimo, de defender nuestros aciertos.